

## LA CRISIS HONDUREÑA

Aunque la situación de crisis es en Honduras una realidad siempre presente, en estas líneas nos referiremos específicamente a la reciente y última crisis política que durante cerca de 3 meses ha estado apareciendo en los periódicos sin que hasta el momento se atisben señales de solución. Ya desde la década de los años 60 el Partido Liberal de Honduras sufre una profunda división entre sectores modernistas, vinculados a la banca, el comercio y el mundo profesional, y otro sector de corte más clásico, con intereses agrarios en los cuales se aúnan, en ocasiones, terratenientes de corte clásico con algunos empresarios de la agroindustria, burocracia urbana y grupos sindicales controlados por una burocracia obrera conservadora. En los últimos años, el "rodismo", corriente conservadora dentro del Partido Liberal, había conseguido un control total del aparato del partido y, aparentemente, el gobierno que nació tras el triunfo electoral de 1981 prometía estabilidad duradera. A los 3 años de gobierno, el "rodismo" ha entrado en una crisis interna lo cual se ha convertido a su vez en la crisis nacional de 3 meses que Honduras lleva viviendo hasta el presente. Esta crisis cobra una fuerza mayor por ser además expresión de la incapacidad de gobernar de un grupo político, el cual casi desde sus inicios, entró en un proceso de deterioro cada día más escandaloso e insufrible. Desde la dictadura del general Carias nunca había habido tantos desaparecidos en Honduras como en el actual gobierno. La corrupción está entronizada en la cú-

pula del poder y fotocopias de "regalos" en metálico hechos por el presidente, tanto a sus amigos como a militares afectos a su causa, han visto la luz pública en los periódicos. A lo largo de la crisis actual, los documentos aparecidos en los diarios que comprueban las donaciones presidenciales a militares, alcanzan la astronómica cifra de 800.000 Lempiras (400.000 dólares al cambio oficial). El mismo presidente Suazo, con su lenguaje chocarrero y bajo, con sus afirmaciones públicas de machismo, de no ser loco o de no fumar marihuana, crea una reacción de repulsa insólita frente a un político civil.

El detonante de la crisis actual fue la selección del heredero político del presidente Suazo. La división interna del rodismo, más la división de la corriente rodista que apoyaba a Suazo Córdova (el hasta entonces suazocordovismo), unido todo ello al capricho personal del propio presidente que intentaba forzar la designación de un nuevo candidato presidencial, según su propio criterio de fidelidad y compadrazgo, fueron los componentes del detonante. Los diputados liberales del congreso se dividieron. Los disidentes apoyaban, contra la candidatura oficialista impuesta por Suazo, el liderazgo del abogado Efraín Bú Girón, presidente del congreso. En ayuda de este sector disidente acudió inmediatamente el grupo mayoritario de diputados del Partido Nacional, principal opositor político, dividido él también por manipulaciones de tipo legal, realizadas anteriormente por el mismo Partido

Liberal a través del Tribunal Nacional de Elecciones.

La estrategia de este doble grupo disidente, ahora con mayoría en el congreso, tomó dos direcciones. Una, realizar una reforma electoral que impusiera a los partidos elecciones internas antes de designar a sus propios candidatos presidenciales. Y la otra, reestructurar la corte suprema de justicia, hasta entonces totalmente adepta al suazocordovismo, y sustituirla por otra que garantizara tanto la legitimidad del sector mayoritario del Partido Nacional, hoy marginado de sus propias estructuras de poder por intervención de la misma corte suprema, como la imposibilidad de intervenir en las elecciones internas de los partidos a través de la misma corte. Esta doble estrategia fue bloqueada por el presidente Suazo Córdova. La reforma a la ley electoral fue simplemente vetada por el presidente. Y la nueva corte suprema, elegida legalmente por el congreso, fue desconocida por el ejecutivo, impidiendo su toma de posesión y encarcelando a su nuevo presidente. La relación con el congreso quedó rota. Las reuniones de los diputados se convertían así en asambleas de opositores políticos mientras el ejecutivo mandaba cortar la luz del congreso tratando de hacer la vida imposible a los "padres de la patria." Comenzaba la crisis con todo lo que ha tenido de mezquino, desmoralizante y destructor de valores ciudadanos, ya por otra

parte terriblemente golpeados durante los últimos años de gobierno liberal.

Entre las causas lejanas de la crisis se podrían citar rápidamente las siguientes. En primer lugar, la esclerotización de los partidos tradicionales, y en particular del Liberal, el cual no ha sabido acompañar la diversificación económica y social que se ha dado en Honduras. La radicalización y crecimiento de las clases medias, la diversificación de intereses, algunos de ellos modernizantes, dentro de la empresa privada, el crecimiento de las ciudades con las implicaciones de proletarianización y secularización de los nuevos pobladores, el empobrecimiento real de las mayorías hondureñas, todo ello ha pasado por el Partido Liberal sin afectar métodos, estructuras y liderazgos tradicionales. La evolución ideológica que toda transformación supone no ha rozado tampoco la gruesa concha tradicional de la fracción suazocordovista. En segundo lugar, el caudillismo, con toda la dosis de irracionalidad que comporta, sigue estando presente en este tipo de partidos. Suazo Córdova no es el médico de pueblo más dedicado a sus propiedades agrarias que a su profesión, sino el líder, el que dispendía favores y regalos desde la cima del poder, el que bendice a otros caudillos tradicionales y les da el respaldo legal, político e incluso militar, para poder seguir dominando sus zonas de influencia.

Otro tipo de causas, como la inviabilidad del



proyecto económico, político y social del gobierno, la imposibilidad de ofrecer soluciones dentro del actual esquema de gobierno, las intervenciones y presiones en la vida social que parten de un ejército obsesionado por la seguridad nacional o de una empresa privada sin imaginación ni capacidad de sacrificio, subsidiaria, las más de las veces del capital americano, podrían ser enumerados como factores determinantes de la crisis.

Sin embargo, aun en medio de tantas posibilidades de explicación lejana de la crisis, creemos que hay un elemento determinante en todo el proceso: el desacertado planteamiento norteamericano de lo que debe ser la democracia hondureña. En efecto, Honduras, en los planes de la administración norteamericana, debe unir una doble cualidad: ser una base militar segura y al mismo tiempo ofrecer una imagen formalmente democrática impecable. Como todas las síntesis artificiales, el engendro tiende a romper por la parte más delgada. Y no sólo porque militarismo y democracia son realidades que tienden generalmente a excluirse una a otra, sino porque Estados Unidos no ha empleado en ningún momento su capacidad de presión para profundizar la democracia hondureña ni tienen interés en ello. Abandonado a su propia lógica, el esquema de democracia formal en un país con un gran subdesarrollo político tiende automáticamente a adaptarse a la realidad social, política e ideológica que el país vive. Si a ello se une la represión militar sobre la mayor parte de los sectores que pueden de alguna manera profundizar y hacer avanzar el esquema de democracia formal llevándolo hacia una verdadera participación social, entonces tenemos, ya en concreto, el resultado hondureño. Los mismos ideólogos hondureños gobiernistas en un informe a la comisión Kissinger afirmaban que, mientras durara en Centroamérica la actual situación, el esquema hondureño sólo podría sobrevivir, a mediano plazo, si el país se convertía en un Estado asociado de Estados Unidos tipo Puerto Rico, o en un protectorado del estilo de Corea del Sur. La actual crisis del suazocordovismo, convertida en crisis nacional por impresión del plan norteamericano, no es más que una muestra de que el mediano plazo de los ideólogos del gobierno hondureño es más corto de lo que se podría suponer.

El primer actor, aunque no el fundamental del drama, es sin duda Suazo Córdova. Este hombre fraguado en la más rancia política tradi-

cional, donde el caudillismo, el compadrazgo y el soborno componían los elementos más característicos de la acción, sin saber hacia dónde lleva al país, sabe perfectamente cómo moverse en medio de una sociedad dependiente, dividida y marcada por la corrupción. Los políticos no dudan en decir que en Honduras "todos nos conocemos," y Suazo ha sabido llevar a ese pequeño mundo todo el caudal de intriga, de maniobrerismo, de golpes bajos aprendidos en su larga carrera política. Suficientemente informado, sabe que la administración Reagan no puede darse el lujo de que en Honduras caiga la democracia formal, tan publicitada como ideal por Jeanne Kirkpatrick, Schlaudemann o cualquiera de los frecuentes visitantes del gobierno norteamericano. La presión ideológica sobre el régimen nicaragüense tiene como elemento legitimador, a nivel internacional, la supuesta democracia hondureña o los supuestos avances hacia la democracia de El Salvador o Guatemala. Puede entonces Suazo sentirse libre para jugar a su gusto el propio juego. El juego del perpetuar en el poder a quienes le han sido fieles hasta el final y a quienes de una u otra manera le permitirán seguir siendo un prohombre dentro de la política hondureña.

El otro actor que llena con sus voces el escenario es la oposición. Heterogénea, oportunista, defendiendo en la mayor parte de los casos intereses muy semejantes a los de Suazo, los "enemigos" del presidente no ofrecen un proyecto político distinto. Las reclamadas elecciones internas no se entienden como un paso hacia una mayor democracia, sino como la posibilidad de superar las trampas y el control impuesto desde el poder por Suazo Córdova y su camarilla. En la renovación de la corte suprema de justicia no hay ningún interés por examinar el problema de los derechos humanos, sino únicamente el afán de eliminar un obstáculo insuperable para la hegemonía de las actualmente mayoritarias camarillas de los partidos tradicionales. Evidentemente, aunque estas débiles medidas son en sí mismas buenas, y por eso reciben el apoyo de sectores reformistas como el PINU y la democracia cristiana de Honduras, lo cierto es que no implicarían por sí mismas una transformación del esquema político hondureño. Tratarían, por el contrario, de darle una mayor legitimación. E incluso, a la larga, de ofrecer nuevas posibilidades de manipulación, especialmente en lo que se refiere a las elecciones internas de los partidos hasta ahora minoritarios.



Tras bambalinas el aspecto es diferente. Negroponte y compañía observan con preocupación el desarrollo de los acontecimientos. No controlan adecuadamente a su propio engendro, especialmente en lo que puede significar de desestabilización interna o de desprestigio externo, y esperan, estudiando la posibilidad de que surjan nuevas imágenes que de alguna manera lleven a olvidar esta infeliz experiencia. Intentan cuidar la democracia formal y llegar a acuerdos decorosos para la apariencia democrática. Les gustaría ver excluida del panorama la posibilidad de un golpe militar y en ello concentran sus esfuerzos. Los contactos con militares, especialmente con los que representan posiciones fuertes o conservadoras, son continuas.

El ejército opera también desde un segundo término. Desunido en cuanto al camino a tomar (en buena parte por la simplicaciones que una u otra posición puede tener en la investigación y subsecuentes castigos a las violaciones de los derechos humanos), se preocupa más por mantener el ritmo de profesionalización de las fuerzas armadas que por la propia crisis. Esto no hace sino desprestigiar a unos civiles a quienes bajo muchos aspectos desprecian. Lo único que le preocupa es que este tipo de situación debilite la posición negociadora de Honduras con Estados Unidos y, con ello, se de al traste con las ambiciones de equipararse a menos con el ejército salvadoreño. Aún con cierto temor (mucho más publicitado) por los vecinos sandinistas, el ejército hondureño contempla con mayor preocupa-

ción la situación salvadoreña. Con una frontera sin delimitar, con un ejército en proceso de vencer a la guerrilla (según los propios análisis del ejército hondureño) y que tiene además el doble de efectivos y de ayuda norteamericana que el hondureño, con unas fuerzas armadas fogueadas en el campo de combate y con (supuestamente pronto) moral de victoria, El Salvador se convierte, a corto plazo, en el peligro más inminente a los ojos del ejército hondureño.

Y más si se advierte que después de la supuesta victoria del ejército salvadoreño los problemas de esta pequeña república permanecerían los mismos. Quinientos kilómetros cuadrados en disputa podrían ser entonces un bocado demasiado apetecible para un ejército en franca superioridad con respecto al hondureño. Honduras, por su parte, se sentiría débil, no sólo para defender el territorio en disputa, sino incluso para oponerse a un posible papel de desagadero de la presión demográfica salvadoreña. Con el sentimiento de estar acosados por un doble franco (nicaragüense y salvadoreño), los militares hondureños, divididos entre sí mismos, contemplan la crisis del suazocordovismo en función de lo que puede o no debilitar su capacidad de negociar con la administración Reagan. Aunque en el interior del país las condiciones para un golpe de Estado están dadas, el veto de Estados Unidos hace prever unas más engorrosas negociaciones de la ayuda económica y militar. Esto basta de momento para frenar algu-

nos deseos golpistas y para fortalecer la actual situación de compromiso en la cúpula de las fuerzas armadas. Mientras oficialmente respaldan a Suazo Córdova, los militares tratan de influir en la situación a través de otros grupos y personas.

Los dirigentes de la Confederación de Trabajadores de Honduras (C.T.H.), formados e influidos por el Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre, se han convertido, en este contexto, en los voceros más directos de la posición del ejército. En un primer momento, aunque amenazaban con una huelga general como medio para forzar la solución dialogada de la crisis, favorecían, sin embargo, las posiciones de Suazo Córdova. En efecto, entre las cuatro medidas propuestas para solucionar la crisis, figuraba la realización de elecciones internas en los partidos políticos, pero no antes de las próximas elecciones generales. Suazo quedaría así con el privilegio, antes de terminar su periodo, de poder designar a su sucesor. Sin embargo, esta posición de los sindicalistas, recibida críticamente por la opinión pública hondureña, cambió poco después. Los sindicalistas pidieron que las elecciones internas en los partidos se celebraran antes del 25 de julio del presente año y de cara a elegir los candidatos para las próximas elecciones. De algún modo esto expresa la variabilidad y falta de cohesión interna del ejército hondureño, que si bien en su cúpula tendía más a apoyar a Suazo Córdova, se encontraba con una oposición y una fuerte reticencia contra Suazo entre los coroneles con mando de tropa.

Finalmente, la empresa privada, sin una fuerte estructura clasista de defensa, aterrorizada por la crisis económica, dependiente del gobierno para permisos de importación, de obtención de dólares, asustada por las amenazas de huelga de los trabajadores, ha reaccionado con una posición conciliadora y claramente opuesta a la huelga. Otras instituciones, como la Iglesia católica, han sido invitadas a mediar en el problema, pero han visto cerradas sus posibilidades ante la negativa de ceder lo más mínimo de parte de Suazo Córdova.

Aunque en Honduras existe una situación de crisis generalizada desde hace varios años, la actual crisis gubernamental se ha convertido también en una crisis nacional al expresar la incapacidad del actual esquema político para seguir brindando al país un tipo de gobierno estable. Esta crisis política se profundiza por la debilidad, coyuntural o estructural, de las fuerzas que

podrían proponer caminos diferentes de solución al conflicto.

El ejército hondureño, la institución más fuerte del país, se encuentra en exceso dividido como para optar por una salida represiva frente a la crisis, y demasiado condicionado por la ayuda norteamericana y la situación regional como para asumir cualquier tipo de protagonismo golpista. Si bien las condiciones internas para el golpe de Estado están dadas, éste no proporcionaría automáticamente la estabilidad gubernamental. Con su desunión interna, con el desprestigio de los 8 años de gobierno en la década del setenta (1972-1980), un golpe de Estado no haría más que acelerar los enfrentamientos internos en las fuerzas armadas, con las correspondientes repercusiones en la sociedad y en la política.

La izquierda hondureña se encuentra exhausta tras la represión de los últimos años y los sectores reformistas están debilitados por sus previos fracasos electorales, por su pactismo y por su pequeña representación dentro del esquema político. Sin embargo, en este momento son los únicos que, en alianza con otras fuerzas, incluso de derechas, podrían ofrecer un relanzamiento a la política hondureña.

La política norteamericana en el área centroamericana tiende a producir desigualdad interna y entre naciones. Lo que ya pasó a nivel económico con el mercado común centroamericano tiende, en la actualidad, a reproducirse en el nivel político. A Honduras le toca una vez más hacer de patito feo a nivel internacional (piénsese en el ridículo que hace el país con el apoyo que da a los "contras") y nacional (prestando todo su territorio para convertirse en una especie de portaviones continental norteamericano). Por otro lado, está viendo cómo su ejército pierde terreno frente al ejército salvadoreño y el nicaragüense. Esta situación, unida a la dependencia de Estados Unidos, hace la crisis cada día más grave así como dificulta los caminos de solución.

Sólo un gobierno de integración nacional, con algunos postulados reformistas y con un plan de emergencia económico-social, puede convertirse en alternativa real a la actual situación. Toda otra vía de salida, sea formal-jurídica o represiva, no hará más que agravar, al menos a mediano plazo, la situación y hacer inviables las soluciones reformistas y pacíficas.

J. M. T.